

Otra opción para financiar el desarrollo

ARMANDO LABRA M.*

En este trabajo se esboza el marco económico, político y social que explica el tipo de financiamiento en el que descansa la economía mexicana.

Se pretende evaluar la racionalidad del tipo de financiamiento de la inversión, en función de los objetivos del desarrollo nacional. También se intenta ofrecer otro esquema posible de la política de desarrollo para el beneficio popular.

1) Las finanzas son la expresión última de los procesos fundamentales de la economía y la sociedad. En México, el modelo financiero responde a las características esenciales del sistema capitalista estimulado durante los decenios recientes, vale decir, desde el término del período revolucionario de 1910.

2) Así, el objetivo fundamental de las finanzas nacionales, públicas y privadas, ha sido apuntalar la acumulación de capital privado como factor predominante para la gestación y

crecimiento de la burguesía industrial, comercial y financiera que exige una organización social de orden capitalista.

3) Consecuentemente, ha prevalecido una conformación oligopolística de grupos bancarios privados al margen de incidencias laborales o fiscales, en la que se subliman los elementos sobreprotectores de la concentración del ingreso y la riqueza.

4) El sector financiero privado se apoya en las finanzas públicas que le sirven como prolongación, complemento y apoyo.

5) Como partícipe en la formación de capital en la empresa, el sistema financiero privado opera sin riesgos porque, por un lado, la banca oficial regula los niveles de liquidez y de pasivos de las instituciones financieras y, por otro, el Estado absorbe por la vía fiscal el costo que cubre la empresa por los financiamientos que obtiene, garantizando la recuperación de la operación a la banca.

Adicionalmente, la brecha entre la tasa pasiva que pagan los bancos al ahorrador y la tasa activa que obtienen del creditohabiente es tan amplia que precipita el excedente

* Trabajo presentado en el Segundo Congreso Nacional de Economistas, México, abril de 1977. El título es de la Redacción.

económico hacia el sistema bancario, lesionando a ahorradores e industriales y comerciantes y, a fin de cuentas, al Estado, que debe recoger las operaciones financieramente estranguladas o conceder compensaciones fiscales que impiden atender otras necesidades urgentes de la sociedad.

6) Por tanto, para estimular un nivel elevado de utilidades que nutra la reposición de capital y la solvencia crediticia de la empresa, se ha deprimido la carga fiscal real sobre ingresos de capital. Por otra parte, se ha implantado una política monetaria y crediticia tipificada, en síntesis, por liquidez total, libre convertibilidad y altas tasas de interés, cuya naturaleza es excepcional en el mundo.

7) Como reflejo de una política económica hacia la formación de un país capitalista en el que no se han rebasado los efectos de la dependencia, el subdesarrollo y el coloniaje, el sistema financiero reúne esas mismas características, respondiendo a la ética del sistema: en lo interno, está subordinado a la oligarquía bancaria; en lo externo, a las agencias financieras del imperialismo, operando en franca desvinculación respecto al financiamiento de economías de beneficio mayoritario.

8) Sin duda, ha sido la ineficiencia del sistema financiero para sustentar un crecimiento acelerado del capital industrial y comercial lo que ha abonado la crisis global de la economía nacional, por lo que se refiere a los factores internos que la determinan.

9) La supeditación de las finanzas públicas y privadas al intento desconcertado e ineficaz de consolidar competitivamente al capital industrial y comercial, ha impedido atender los objetivos sociales del desarrollo, contribuyendo a los niveles crecientes de desempleo, inflación, desequilibrio externo, concentración del ingreso y marginación, como efecto de la ausencia de las inversiones requeridas para sostener el ritmo de producción y consumo socialmente necesario.

10) Estas características antipopulares del esquema financiero del desarrollo y por ende de la política económica subyacente, obedecen a la preeminencia de metas de estabilización monetaria como primera prioridad, por encima de la búsqueda de objetivos vinculados al bienestar mayoritario como el empleo, la alimentación y la seguridad social integral.

11) Ello explica que el nivel de desempleo y subempleo represente aproximadamente 47% de la población en edad, capacidad y deseo de trabajar; que la producción de alimentos sea decreciente y se necesite complementarla con importaciones y que el nivel de concentración del ingreso se agudice dentro de patrones de inflación sin precedente.

12) En efecto, de una población económicamente activa de 17.6 millones de mexicanos, casi ocho millones no trabajan o lo hacen tres meses o menos al año; en 1976 el monto de las importaciones de alimentos disminuyó 8.4% y representó 5.8% del total de compras al exterior, lo cual no se explica si se tiene en cuenta el estancamiento del sector

agropecuario que en este decenio ha tenido tasas negativas de crecimiento, lo cual, a su vez, determina en buena medida la consistencia en las presiones inflacionarias, hoy por hoy a razón anual de 30%, con vistas a elevarse como efecto de la menor oferta por el desaliento a la economía, impuesto por la estrategia estabilizadora de "freno-y-arranque" que abunda en lo primero por su corte monetarista y antipopular.

13) Si bien en 1950 el 4.8% de las familias más ricas se apropiaba 40% del ingreso, para 1974 el 3.5% absorbió 60.2% del ingreso. Los trabajadores recibieron como pago a su contribución 31.2% del producto interno bruto (PIB) en 1960 y 19.4% en 1974, mientras que los pagos al capital crecieron de 64 a 76 por ciento en ese período. Se ha estimado que en 1976 los asalariados percibieron, a lo sumo, 18.2% del producto interno bruto.

14) Por otra parte, la astringencia de recursos internos de inversión ocasionada por la dilapidación del ahorro en consumo —o expatriación— y no en inversión, aunada al raquitismo fiscal crónico y a la extrema liquidez del sistema financiero, propició el crecimiento descomunal de la deuda externa, la fuga de divisas y la devaluación del peso, todo ello a niveles sin precedente cercano.

15) La racionalidad buscada en una política financiera proclive a la capitalización privada por la vía de la estabilidad, ha devenido en una evidente irracionalidad no sólo económica sino social y política en tanto no conjuga los elementos necesarios para lograr un proceso autosostenido de acumulación de capital privado o público; ha deprimido sistemáticamente los niveles de vida populares y da cabida a la justificada tensión política de asalariados y trabajadores del campo que, en el caso de los no asalariados y no sindicalizados, puede cobrar características de violencia creciente.

16) Las opciones de la presente política de financiamiento de la economía se concretan a:

a) Proseguir por la senda de la estabilización monetaria, aplicando las tesis y estrategias determinadas por las agencias internacionales del imperialismo, concretamente el Fondo Monetario Internacional (FMI). Esta opción, orientada a contener la inflación para proteger a la inversión extranjera y garantizar que sus dividendos e intereses no sufran demérito en términos de poder adquisitivo, provoca en realidad mayor inflación porque contrae el ritmo de crecimiento al restringir la inversión y el producto, lo cual precipita los precios sistemáticamente al alza, es decir, se provoca precisamente lo que se quiere evitar: inflación y pérdida del poder adquisitivo de la moneda.

Esta vía, de corte monetarista y por tanto parcial, des cansa en la premisa de contraer la demanda efectiva para amainar las presiones inflacionarias que ocasionan la inestabilidad; para ese efecto, se postula la conveniencia de detener el incremento de costos por una parte atando el crecimiento de los salarios y, por otra, reduciendo el gasto público y la evolución de los precios en los insumos provistos por empresas estatales.

Complementariamente, este enfoque exige auspiciar la capitalización conservando la precaria estructura tributaria y manteniendo en operación criterios librecambistas en la política monetaria y crediticia que no se aplican en país alguno, con lo que se da extrema volatilidad al ahorro privado y se promueve la desnacionalización de la actividad productiva y comercial.

El costo económico y social de esta estrategia se expresa en crecientes niveles de desempleo, inflación, insuficiencia alimentaria, endeudamiento externo, concentración del ingreso, ingredientes de toda crisis conducente al deterioro político, al cuestionamiento de la legitimidad de las instituciones y a la represión de las manifestaciones populares de la inconformidad justificada.

b) Ampliar el espectro de la política económica para ubicar como objetivos fundamentales la creación de empleo, la producción de alimentos y la generación de divisas, hoy por hoy, los factores más escasos que lesionan los niveles de vida de la mayoría de los mexicanos y la soberanía nacional y, por ende, las posibilidades de un auténtico desarrollo popular, democrático e independiente.

La política financiera que puede responder a esos objetivos ha de basarse sólo en la proliferación de inversiones públicas y privadas socialmente necesarias con base en los objetivos mencionados. La retracción del gasto público y de la inversión privada demuestran palpablemente su inoperancia como medidas para evitar la inflación y recuperar el ritmo de crecimiento, menos aún para mantener la estabilidad monetaria, como queda plenamente demostrado por la evidencia empírica.

En una economía que genera anualmente 300 000 millones de pesos de utilidades y en la que se invierten 100 000 millones, obviamente hay ahorro interno privado disponible que no fluye a los sectores productivos, pero que no lo hará por sí mismo si la inversión pública no accede simultáneamente, para lo cual es preciso, antes, fortalecer el ahorro público por la vía fiscal. Empero, la incapacidad del sector público para destinar el ahorro así captado hacia renglones social y económicamente necesarios, podrá generar un proceso depresivo inflacionario más grave que el que se requiere superar.

Paralelamente, es preciso fortalecer el ahorro público en el sector paraestatal por medio de la política de precios de empresas estatales, a fin de estimular su capitalización y descargar proporcionalmente al erario.

Sin conjugar el ahorro público y privado hacia inversiones social y económicamente rentables, será imposible sustentar un mercado interno que absorba la producción ampliada: no contamos con perspectivas reales de beneficiarnos del mercado interno porque la producción está estancada y no es competitiva en calidad, volumen, precio y oportunidad; somos predominantemente exportadores de excedentes y el conjunto de nuestras ventas aporta un escaso valor agregado; además, nuestras exportaciones se nutren de insumos importados (fertilizantes, insecticidas, materias primas, etc.), cuyo costo ha crecido con la devaluación reciente del peso.

Así, no existe justificación técnica o política para conceder al capital extranjero aún más de los recursos naturales no renovables, industriales, comerciales, que ha absorbido ante la reticencia de mexicanos sin certidumbre. Por ello, es preciso volcar todo esfuerzo a estructurar un mercado interno masivo, cuya conformación sólo se desprende de una redistribución popular del ingreso y la riqueza a través de empleos generados con inversiones públicas y privadas provenientes del ahorro no productivo disponible en el país: el monto de pesos convertido a divisas y expatriado recientemente no retornará con medidas monetarias sino cuando la economía se restablezca y ello sólo se logra liberando el gasto público y privado a corto plazo, aunque genere presiones inflacionarias, las que de todas formas tenemos, sólo que inmersos en el estancamiento. Todo proceso de desarrollo genera, a corto plazo, inflación, pero también empleo, utilidades, divisas, alimentos.

17) Sin lugar a dudas la primera, tradicional opción, demuestra su invalidez para retomar el ritmo de crecimiento y, más aún, para siquiera avizorar la posibilidad de compartir popularmente el desarrollo obtenido; es más, tiende a agravar la espiral recesión-inflación-estancamiento y a desmembrar la política económica al segmentar el instrumental fiscal del monetario y crediticio, que siguen rumbos independientes, aunque igualmente ajenos a la atención de los problemas básicos de financiamiento de una economía de beneficio popular, como única posibilidad de supervivencia sin violencia, represión y cancelamiento de las formas de vida democrática tan penosa y exigüamente alcanzadas en el país.

18) Las perspectivas de toda acción política descansan hoy en la economía: ni reformas ni avances mecánicos del sistema podrán gestarse en una economía empobrecida en la que el pueblo no sólo no comparte sino ve decrecer el beneficio colectivo. La política sin una política económica congruente, lejos de contribuir a la solución de las crisis económicas, la obstruye, porque genera expectativas que se confrontan con la miseria cotidiana y agravan la desesperanza de los grupos marginados.

19) Es preciso vincular ideológicamente los objetivos de la economía y la política para lograr el auténtico avance de la sociedad hacia nuevos caminos para la democratización popular, especialmente hoy que se generaliza en el continente la represión fascista y el abatimiento de los márgenes de avance independiente de los pueblos.

20) En el ámbito de las finanzas, es inaplazable abandonar los esquemas monetarios estabilizadores no porque desdeñable la estabilidad, sino porque anteponerla a los fines comprometidos por el Estado ante el pueblo, acarrea una visible ineficiencia económica y la exacerbada explotación de sectores mayoritarios de la sociedad. El costo político de la insistencia en sacrificar a los más por los menos rebasa el contexto financiero: se ubica en la riesgosa aventura de oponerse a la historia y desgastar, sin sustituto, la legitimidad y vigencia de las instituciones que, con sus obvias deficiencias, son a corto plazo la única posibilidad de contener la cerrazón hacia el país que queremos ser y que no tendremos sin comprometer, en los hechos, todo esfuerzo económico, político y social con las mayorías marginadas del país. □